

Memoria incompleta

Cuento por RAFAEL GARCIA SERRANO

S

E caían una a una las horas hasta sonar siete. El día, entonces, se largaba, dando paso a tía Margarita. Sobre su cómoda se relevaba la ya muerta candelilla, y un San Antonio relamido nacía a la habitación, iluminado, femenino y sordo. Solamente en la cómoda había luz—un cerco de luz tenue, casi misteriosa—, y el resto del cuarto reposaba en la sombra; a veces, un mustio resplandor se colaba por el balcón y traspasaba los espesos visillos. Se moría el sol al exterior lo más trágicamente que podía. Tía Margarita, con andar rápido y seguro, cruzaba aquel mundillo de excesivos muebles y cerraba las viejas maderas con enfado de murciélago. Luego rezaba un momento sobre su juventud. Ella—¡Dios, quién lo diría!—fué joven, y de

allí, un allí fabulosamente al margen de los tiempos, le quedó la costumbre de rezar al santo casamentero. Claro que ya no pedía novio. Ni siquiera se acordaba de aquel húsar atrevido que una noche le robó la boca—el labio superior, el inferior y quizá un poco los fríos dientes—y se quedó con ella. Tía Margarita pensaba que pudo ser un ángel el audaz ladrón; saboreaba vagamente el instante y un cosquilleo varonil le hormigueaba en las secas mejillas, ya sin fuego. Los mismos ojos acogían bien fríamente la alusión de la sangre.

Al parecer, la cosa sucedió allá por el año de mil ochocientos setenta y pico; cualquiera sabe; cuando las tropas liberales forzaron el sitio que los carlistas tenían puesto a la ciudad. Mi abuelo, aquel don Cristino Guzmán, que señoreaba la casa desde un óleo rampón y pretencioso firmado por un medio loco llamado Ansúrez, que pintaba orlas funerales en cuanto moría algún pez gordo de la comarca, para venderse a los familiares aprovechando la feliz coyuntura de la herencia; mi abuelo, digo, llevó a las niñas, las niñas eran tía Margarita y su hermana Luisa, mi dulce madre, al baile que en honor de los oficiales liberales se daba en el Círculo de Señores. Es de notar que los liberales organizaban bailes y los carlistas rosarios; dos modos de celebrar un triunfo. Pero en ambos casos, si he de tener en cuenta a mi nodriza, que algo sabía de estas cuestiones, el júbilo guerrero desataba el amor pasadas las siete de la tarde. Después de todo, es justo y bello que así sea. Yo creo a mi nodriza, porque sus ojos eran pícaros y sabía historias hermosas.

Tía Margarita llegó al baile. Los camareros servían limonadas y refrescos, ayudados por asistentes de guante blanco. Crujía el salón de reflejos; brillantes espolines, adornos rojos, ricas medallas, coruscantes botas de charol. En el rincón, junto a la gran chimenea, calentaba su reuma el general Malhumorado, ahogaba sus feroces tacos, en honor de las señoras. Y aun habría de bailar con la emperifollada alcaldesa. Grandes velones alumbraban el salón de los doce espejos panzudos y dorados. Un húsar—¡atención!—condujo a tía Margarita hasta la biblioteca con el pretexto de enseñarle estampería bélica. Es de advertir que en el mismo momento de ser invitada a tal contemplación tía Margarita sospechó que la limonada sólo la bebían las damas, ya que el aliento del húsar le cercaba de suaves aromas alcohólicos. En realidad, a tía Margarita le mareó el bigote ostentoso, innecesariamente cercano a sus ojos de veintidós años. Y, ¿qué son veintidós años? Pensó en huir de una imprecisa tentación que no comprendía: cómo escapaban del peligro—un peligro tan arrogante, tan lindo, tan bizarro—las mujeres ejemplares que citaba el Padre Mario en sus sermones de la Cuaresma. Pero al fin, como el Padre Mario era carlista, tía Margarita decidió que un peligro, posiblemente demoníaco, bajo especie de húsar liberal, no era tal peligro. ¡Viva la Reina! ¿No es esto un precipicio con blancas campanillas y tiernas madresevas en el borde, hermanos míos? Con todo, ya comenzó a creer que el Padre Mario exageraba al hablar de los bailes, tético y amenazante. Afortunadamente, a los cinco minutos advirtió su equivocación desde un desmayo ordenado por el hábil pudor femenino, para ayudar a tía Margarita, la mirada en la luna, la fina mano rozando el suelo, a evocar un segundo de abandono entre los brazos y el bigote del húsar. Acabada la batalla, el hermoso rival la levantó de la butaca y le ofreció su brazo para volver al salón, mientras con su mano izquierda acariciaba las puntas del mostacho, que se le encendían a la luz de los velones como tercas hogueras triunfales. La banda de un regimiento de Cazadores tocaba una polca, y alrededor del piano, tres damiselas suplicaban a un artillero—¿teniente, capitán?—que cantase el *Spirto gentile*. Al piano, un meledo de la localidad.

Tía Margarita tardó enormes años en arrepentirse de lo sucedido, y sólo cuando tropezó con los cuarenta confesó su pecado. El Padre Mario lloró amargamente las culpas de la escasa Mag-

dalena, pensando que la raíz del año residía en don Cristino Guzmán, el alegre cacique de las ideas nefastas. En cuanto a tía Margarita, su alma de solterona se inflamó de virtud, y, avergonzada de su horrible complacencia para con la carne, todos los viernes rozaba con ceniza de un brasero dorado sus labios muertos, que aun guardaban, ante la sonrisa mariquita del San Antonio, el sabor antiguo de una boca fugitiva. ¡Oh, los húsares atracadores! Tía Margarita dedicaba, pues, los viernes a expiar sus faltas y los restantes días de la semana a no

comprender las de los demás. Como creo que su intransigencia persecutoria ha tenido gran culpa en el extravío de mi vida, lo hago constar.

Bien. Después de reavivar la candelita, tía Margarita salía a la calle camino de la catedral. La saludaban los grandes de la ciudad ceremoniosamente, y don Ramón, el viejo médico que visitaba en un landó azul marino, con caballos blancos, sacaba el brazo al exterior, chistera en mano, al verla pasar. Luego recogía el brazo a toda prisa, como temiendo que se lo atrapase el frío. Tan vertiginosamente, que nosotros solíamos gritarle:

—¿Ha cogido don Ramón la mariposa?

¡Qué distante tontería! Los comerciantes le saludaban también desde el fondo de sus oscuras guaridas. En «La dulce Venecia», en «La bella Alianza», en «El Barato», en «La novedad francesa», en los «Hermanos Barraquer»; a lo largo de toda la calle de los mercaderes, lo mismo entre los opulentos que entre los que mordían miseria, lo mismo en la casa del sordo, repintada de verde, que en las «Antiquités» de don Ismael Santana, de quien se decía que era perro judío, había una salutación respetuosa y una especie de reverencia que no llegaba a cabezada, al paso solemne de tía Margarita, seguida a la debida distancia por una de nuestras sirvientas.

—Adiós, doña Margarita.

—Buenas noches, doña Margarita.

Todo un florilegio de acatamientos; y doña Margarita repartía sabiamente el alto don de sus saludos. En la ciudad se comentó mucho que durante aquella Cuaresma apenas correspondía a las emocionantes demostraciones del anticuario Santana, el presunto judío, y eso que el pobre, al tanto, sin duda, de los rumores, esperaba día a día el paso de doña Margarita, con sus dos dependientes a ambos lados de la puerta. Pero mi ilustre tía ni se enteraba.

Nosotros—ya diré quiénes éramos nosotros—desde el cafetín de los soportales, tres puertas más allá del Círculo de Señores, atisbábamos a tía Margarita, mientras toda la ciudad la glorificaba con un reposado buenas noches. Llamaban las campanas al rosario o al sermón, no estoy muy puesto en estas materias, y se inauguraba nuestra buena vida. Hasta que la gente se recogía en torno a la oración no osábamos pasear nuestra desvergüenza camino de las troneras abandonadas. Todavía las troneras tenían una misión militar que las hacía inasequibles a nuestras apetitosas aventuras.

Cuando tía Margarita—la veo, la veo—cruzaba frente al cafetín, echaba el rabillo del ojo izquierdo sobre la partida de naipes. Indefectiblemente, perdía la jugada.

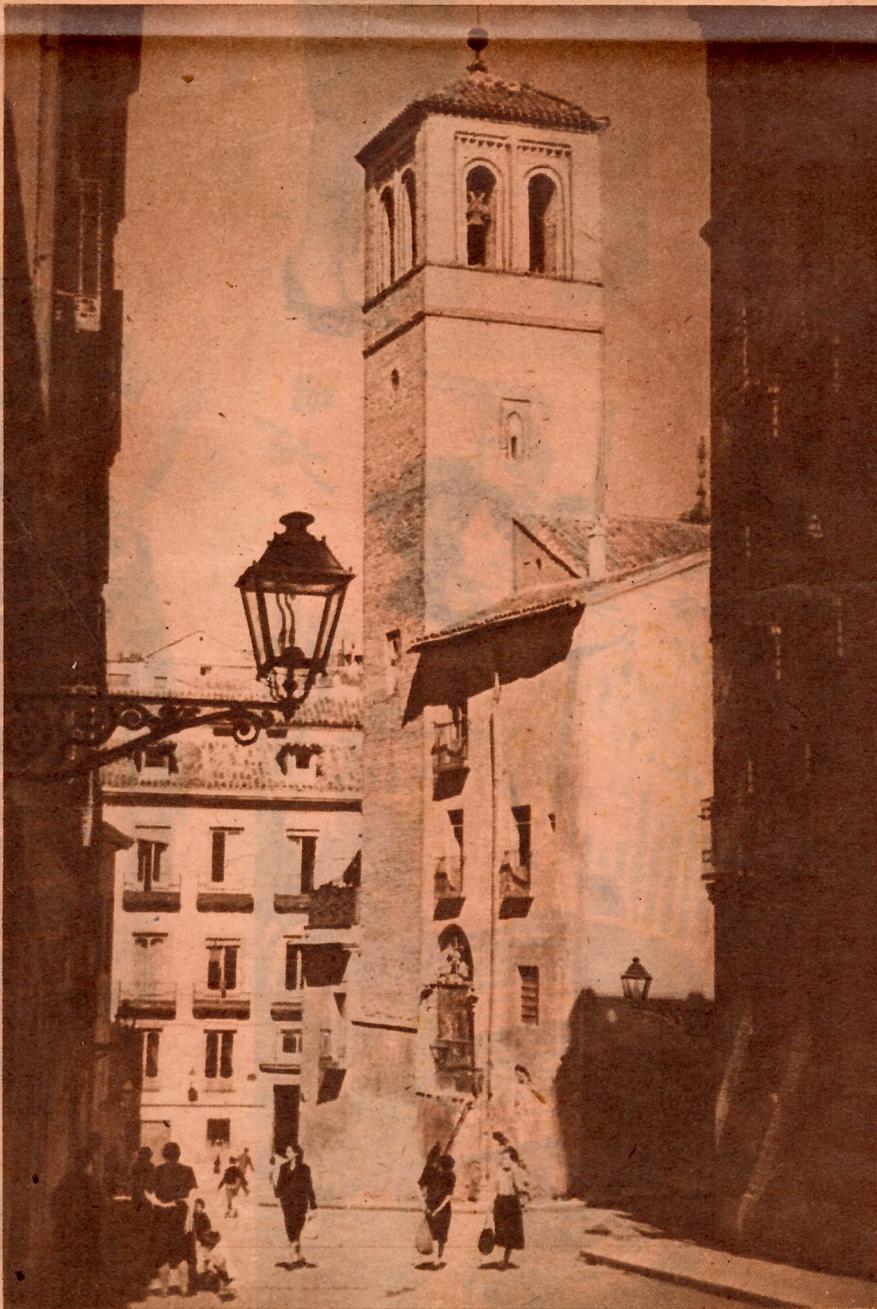
—Vaya, hombre; pasó tu tía.

Yo adivinaba su desprecio, y la palabra preferida para azotarme ante mi padre se me clavaba en el pecho.

—Golfo.

Tía Margarita entraba en la catedral a rezar por mis pecados. Mis bonitos pecados. Seguramente pedía al Dios de la ira un castigo sobre mi liviana cabeza, aunque, de haberla escuchado Dios, ella se hubiese aburrido mucho. Levantábamos la partida para encontrarnos con unas muchachas sensibles y bastante viciosas, muy capaces de encontrar insuficiente la caricia del húsar a mi respetable tía.

De toda mi adolescencia no se salva más que un sábado: aquel Sábado de Gloria. He tenido tiempo de comprobar hasta qué punto es triste encenagarse en la calaverada. Pero, ¿qué voy a hacer a estas alturas sino consignarlo amargamente? Entoncez calaverada equivalía a ser hombre, como en otros siglos el signo superior de la virilidad fué la milicia, o la santidad, o la sabiduría. Seguí mi senda, y nada hay que reprocharme si me he acordado de Santa Bárbara al compás de los truenos. Hay mucha tierra y mucho mar y muchas peripecias entre el sábado aquel y el machetazo final de un sargento yanki: mi trinca provinciana—ese nosotros que he prometido explicar—, mis años de Madrid, la piel blanca de Zenaida, la bailarina; mi amistad con el teniente Luis Martín, el viaje



fotos

con Delfín, el capitán de «La Clara», inmundo contrabandista que no tenía a su favor más que el odio que profesaba a los ingleses; la manigua después, la derrota, el negro amigo de Weyler y el relámpago del machete. Luego... Luego, nada; yo ya estoy muerto, libre, limpio de culpa, desatado de impurezas. Soy un ágil espíritu que vivió un sábado, un sólo Sábado de Gloria. Por tanto, puedo pensar en Elisa.

Tuve que acompañar a tía Margarita a los Sagrados Oficios. Llegamos tarde, y es claro que fué mía la culpa; he aquí otra cosa que jamás me perdonará. Se estaba tan agradablemente acodado en la ventana, sorbiendo un aire fino que refrescaba la sangre, oliendo la gracia del jardín y del campo, recreándose en la curva del río, riendo con los vuelos de las palomas, mientras las torres de las iglesias y la espadaña del cercano convento lanzaban sus campanas a la proclamación del día que olvidé a mi tía. Cristo ha resucitado. No puedo creer que sea yo mismo quien ha escrito las anteriores palabras, y ahí están, desmintiéndome. Entonces yo no pensaba todo eso tan lírico; pero estoy seguro de que, soportadas, ya vivían estas sensaciones que ahora se me aparecen como amigos fantasmas. ¿Qué pensaría yo cuando mi tía vino a recordarme los Oficios? ¡Ah, sí! En los toros de la tarde, en los cánceros tapados del atardecer y en la partida de la noche. No sería necesario explicar que en nuestro grupo todos éramos ateos; era difícil representar el papel de hijos del siglo creyendo en Dios, y procurábamos olvidarlo. Unos dejaron las prácticas religiosas por desidia—la fe no era de buen tono—; otros por aprobar Filosofía, con grave escándalo del viejo profesor jacobino, que no quería, en modo alguno, hacer escuela. Yo, por seguir las huellas de mi abuelo, don Cristino Guzmán, y por no encontrarme con tía Margarita. En las juntas de señoras decían hablando de mí:

—¡Bah! ¿Qué puede esperarse? De padres tamborileros, los hijos turruntuntún.

Pero más de una no puso mala cara a la música del tamboril, que con tanto salero tocaba mi abuelo, peligroso donjuán de aquellos contornos. Mi abuelo llegó a estar en París: esto ya es algo.

Caminé junto a mi tía, dándole vueltas al regocijo de las gentes que nos veían pasar, tan extrañamente unidos, en dirección de la iglesia. Oró un rato, mientras yo la esperaba apoyado en un haz de columnas, indeciso en mi postura. Sabía estar en todos los sitios menos allí. Debí rezar, porque una catedral, un Sábado de Gloria soleado, al son de cientos de campanillas que tañían los seminaristas, coge las vueltas, las gozosas vueltas, al más pintado; y, en resumen, yo era un buen chico que bebía ajenjo.

Al salir ya sonrió mi tía a don Ismael Santana. Pero sin caridad. Parecía decirle, no; restregarle por las narices:

—¿Ve usted, don Ismael? ¿Se convence? A pesar de todo, ha resucitado. Ha resucitado.

Mi tía era muy capaz de hacer de los Misterios cuestiones personales. Para ella, esta sonrisa particular dedicada al infeliz anticuario; su sonrisa de triunfo y no el campaneó, ni las palomas, ni el milagro primaveral, ni los brotes en los árboles, ni que su sobrino—¡golfo!—hubiese rezado, decía que Cristo resucitó. Sólo su sonrisa, todo lo demás carecía de valor:

—Ahora vendrás conmigo a casa de Catalina. Es el cumpleaños de Elisa.

¿Qué diablo divertido me impulsaba, por una vez, a obedecer a mi tía? Son mentiras los presagios, las corazonadas, los sueños; mentiras de los flacos de imaginación, de los cobardes. Nada—ni el ave, ni el aire, ni la insulsa margarita que jamás deshojé—me prevenía el encuentro. Nada, ni las entrañas agoreras de las terneras despanzurradas, en la puerta de la carnicería. Fué a enfrentarme con lo que más adelante había de ser el único recuerdo limpio de mi vida, sin seriedad ninguna.

Quizá, hasta con el propósito de burlarme del cumpleaños cachu-

pinisco. Pastitas, merengues, yemas y un jerez viejo. Cumplimientos rancios y regalos envueltos en papel de seda, atados con cintas azules, rosas, verdemanzana. ¡Qué bien! Y acompañé a mi tía, regocijado, sin que el corazón me anunciase la llegada de Elisa.

Hubo cierto revuelo con nuestra entrada, en la sala de respeto, despellejados los majestuosos sillones. Besé varias manos benditas, pensando que aquello me daría suerte con el naipe. Saludé a caballeros respetables, que me miraban con la suspicacia de quien teme la publicación de sus aventuras. Ellas, me lo contaban todo. Y simplemente, sin redobles de tambor ni angélicas trompetas, en mi vida, para siempre, lo mejor: Elisa.

—Mira, David, voy a presentarte a la hija de Catalina: Elisa, mi sobrino.

—Encantado, señorita.

Y aun pienso que balbucí un cumplimento con la intención de poner alta la bandera; pero estaba confuso, aturdido. Ella me venció con sus ojos azules, almendrados, su frente grave y su boca roja y grande; con su cabello rojizo, recogido hacia arriba. ¿Me dió tiempo a imaginarme su posible nuca? Sonreía plácidamente al tenderme su mano, y una armonía imprevista, enlazaba su palabra y su gesto. ¡Qué miserable, a su lado, la apostura fascinante de Zenaida! Debí quedar muy mal; aquellas damas, que festejaban con monerías mi incorporación a la sociedad de las gentes decentes, se asombrarían con la torpeza de mis respuestas y con mi parvedad. Me acurruqué, silencioso, en un rincón y espí—era espionaje, no contemplación—las idas y venidas de Elisa. Mi rincón limitaba al Este con la mesita donde estaban las bandejas de pastas, la cristalería y el jerez; esto era inevitable.

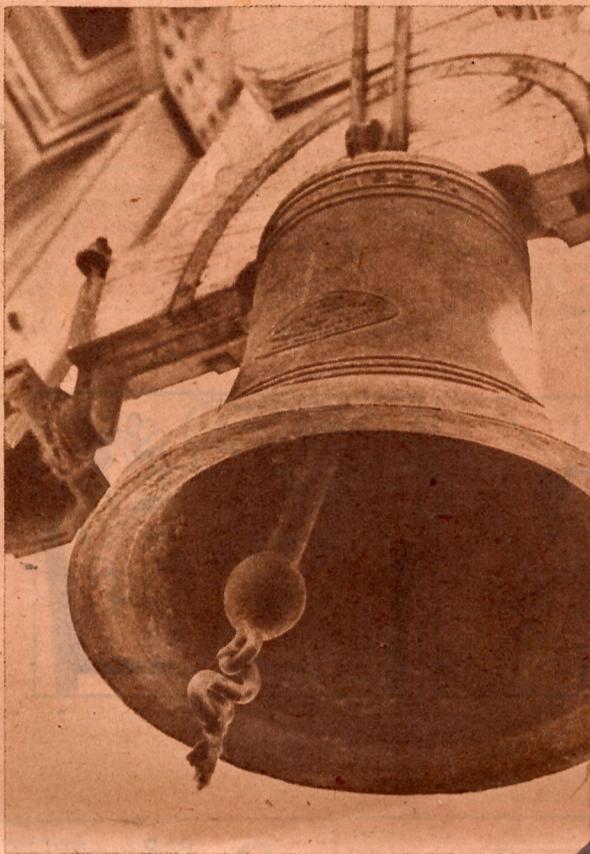
Una de las veces que Elisa pasó ante mí dejó caer; no, miento, se le cayó un pañuelo diminuto, de encajes. Me incliné a recogerlo para devolvérselo. Se me ha de creer; yo quise devolvérselo; pero el pañuelo en la mano, acariciándome la delicadeza del encaje, cambié radicalmente de opinión. Miré en torno; nadie se ocupaba de mí. Y me lo quedé. Aquí acabó mi relación con Elisa. No hubo nada más: un joven súbitamente enamorado que roba un pañuelo. ¡Valiente hijo del siglo! Desgraciadamente, me ruboricé para mí solo, y por tranquilizar mis nervios penetré con audacia en una de las conversaciones. Hablaban de la temporada de ópera. Cosa mía. Me dispuse a relatar los chismes escabrosos que circulaban en torno de la prima donna; se alzó tía Margarita y nos despedimos. Aunque alguien se ría, juro que eso fué todo.

Y esa miseria sentimental; el pañuelo de una damisela provinciana, de pelo rojizo recogido hacia arriba, de ojos azules almendrados, de boca grande y fresca, es lo único que alcanza a henchir de júbilo mi viejo corazón de treinta años escasos. Como el agua inesperada que brota en la sequedad de una

llanura, Elisa ha venido hacia mí en el último momento de mi vida, en el exacto momento de precísalas. Está a mi lado y acaricio sus manos que no recuerdo y beso los dedos frágiles que un día tuvieron el pañuelo. El pañuelo que está aquí, también a mi lado, manchado de sangre seca; la sangre dolorosa del último tiro. Sinceramente creo que se acaba el mundo. Estoy bien muerto. Luego no puedo estar enamorado. Adiós, Elisa, como te dije entonces.

Al salir, mi tía Margarita no pudo evitar su asombro; pasé por la mismísima puerta del cafetín sin mirarlo siquiera, y le acompañé hasta nuestra casa y subí con ella y hasta debí preguntarle cualquier nadería sobre su amiga Catalina. Pero a la tarde, en la tertulia, del Lyón, dejé entrever una historia curiosa ligada al pañuelo. La comentaron en cincuenta tonos y yo sonreía cínico y dichoso.

Pasó el pañuelo de mano en mano, y el último en tenerlo cuidadosamente, sopesándolo, como para adivinar toda la intriga, fué Ernesto Figueroa. Ernesto había pintado en el entrepaño del café a que estaba adosada nuestra tertulia una Venus surgiendo de un tonel.



(Fots. Montes)

Gran Concurso de Reportajes de FOTOS

FOTOS abre un Concurso de reportajes literarios y fotográficos con las siguientes condiciones:

PRIMERA. Pueden concurrir a este Concurso todos los escritores y periodistas, así como aquellos que se consideren capacitados para aspirar a estos títulos.

SEGUNDA. Los reportajes versarán sobre temas contemporáneos o antiguos, siempre que se relacionen con la actualidad.

TERCERA. Los reportajes serán enviados escritos a máquina, en cuartillas normales, a dos espacios y por una sola caña, con un mínimo de seis cuartillas y un máximo de diez.

CUARTA. En cada uno de los trabajos literarios se enviarán las fotografías correspondientes, a un tamaño mínimo de 6 por 9, y en número no inferior a seis. Estas fotografías serán originales, y en caso de enviar alguna ya publicada o cualquier reproducción de cuadro, dibujo, etc., éstas no contarán en el cómputo de seis, imprescindible para aceptar el trabajo.

QUINTA. Los trabajos vendrán firmados con un lema y en sobre aparte y cerrado, titulado con el mismo lema, las señas y nombre de concursante.

SEXTA. El plazo de admisión termina el día diez de noviembre, considerándose no recibidos los que lleguen pasada dicha fecha.

SEPTIMA. Los envíos se harán a la Redacción de FOTOS, Hermosilla, 73, Madrid, con la siguiente indicación: «Para el Concurso de reportajes».

OCTAVA. Los nombres de las personas que constituyen el Jurado se darán a conocer al publicarse el fallo del Concurso.

NOVENA. De todos los trabajos presentados se seleccionarán los que, a juicio del Jurado sean los mejores, reservándose FOTOS el derecho de publicarlos, mediante el pago a sus autores de la cantidad que normalmente

paga FOTOS a sus colaboradores habituales. Las fotografías publicadas serán abonadas asimismo con arreglo a la tarifa del periódico. Los no admitidos o rechazados no se devolverán.

DECIMA. Entre los trabajos seleccionados se otorgarán los siguientes premios:

Primero: MIL PESETAS.

Segundo: QUINIENTAS PESETAS.

Tercero: TRESCIENTAS PESETAS.

Con este Concurso, FOTOS inaugura la serie de la que daremos más detalles en números sucesivos.

A éste de reportajes seguirá el de cuentos y de historietas infantiles, con importantes premios en metálico y la colaboración de las casas editoriales.